
Juan CHAPA, *Qué se sabe de... Los manuscritos del Nuevo Testamento* (Editorial Verbo Divino, Estella 2022). 285 pp. ISBN: 978-84-9073-148-2. € 19,00

Con el presente libro, el autor se propone –tal como indica en su introducción– “ofrecer una información básica sobre los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento (NT)”, de modo que “el lector pueda familiarizarse con estos documentos y disponga de los datos fundamentales para valorar lo mucho que aportan y las limitaciones que presentan” (7-8). Asimismo la obra se hace eco de algunas cuestiones que “en la actualidad están más en el candelerero” (8).

A este propósito responde la estructura del volumen. Todavía en la introducción, J. Chapa afronta una cuestión capital, candente en nuestro tiempo: si no tenemos los textos bíblicos originales, sino solo copias manuscritas –las cuales tampoco son idénticas entre sí– y, además, resulta “imposible llegar al texto original” (12), ¿no habría que concluir con autores como Bart D. Ehrman que la Biblia no es fuente fidedigna de fe? La introducción se cierra con un apartado dedicado a ilustrar que las comu-

nidades cristianas se sirvieron desde el principio, como elemento constitutivo de su vida, de manuscritos tanto de las Escrituras de Israel como de los escritos cristianos que se componían en las mismas. Fueron, por tanto, *de facto* comunidades textuales.

A partir de aquí, la “Primera parte” de la obra amplía, por un lado, el horizonte, ofreciendo una presentación del libro antiguo y de su difusión en el mundo greco-romano. Con dicho bagaje, profundiza en un segundo momento de un modo más específico en el ámbito de las comunidades cristianas. Así, el lector puede aprender qué materiales e instrumental de escritura se empleaban, cuál era el proceso que se seguía para la producción de un libro, cómo y quién lo copiaba, quién lo leía, cuánto costaba producirlo y cómo se difundía (capítulo 1).

En su “Segunda parte”, el autor presenta las categorías en las que se clasifican habitualmente los manuscritos del NT, el modo en el que estos se suelen citar y los tipos de textos que dichos manuscritos atestiguan. A continuación, el autor describe con detalle los papiros más importantes del NT –Chester Beatty, Bodmer, etc.– (capítulo 2); y los grandes códices que nacieron a partir del s. IV –Sinaítico, Alejandrino, Vaticano, Efrén Reescrito, Beza, Claromontano y Freer–, así como los testimonios que estos ofrecen acerca de los títulos, divisiones y organización del texto (capítulo 3).

En la “Tercera parte” del libro, el autor se ocupa de cuestiones abiertas en el debate actual. En primer lugar (capítulo 4), se discuten los problemas en torno a la datación de los manuscritos y las implicaciones que este debate tiene para las investigaciones en torno a los orígenes del cristianismo, tema que es de modo permanente objeto de polémica y discusión. Seguidamente, tras ofrecer un valioso recorrido por las principales posturas defendidas por los estudiosos, J. Chapa discute y valora dos propiedades que caracterizaron el formato del libro cristiano en la antigüedad: por un lado, la preferencia de los cristianos por el códice frente al rollo, lo que indudablemente influyó en su adopción generalizada por parte del mundo pagano; y por otro, la presencia de los llamados *nomina sacra* en los documentos escritos cristianos, particularmente en aquellos pertenecientes a las Escrituras (capítulo 5). Por último, el autor relata diversos episodios históricos en los que ciertos personajes han intentado presentar como papiros antiguos lo que no eran sino falsificaciones producidas por ellos, las cuales, sin embargo, han sido, aun transitoriamente, objeto de admiración e incluso de aceptación por parte de algunos sectores del ámbito científico (capítulo 6).

La “Cuarta parte” y última del libro se puede comprender como una especie de conclusión o epílogo (capítulo 7), donde J. Chapa, con el bagaje de los capítulos precedentes, retoma las cuestiones planteadas en la introducción, a saber, si podemos confiar en los manuscritos del NT, a la vez que ofrece instrumentos para que el lector pueda profundizar en la materia si así lo desea. De hecho, todos los capítulos del libro se cierran con una valiosa bibliografía, que, además, en el caso del capítulo 7, es comentada por el autor.

Una vez expuesto el contenido del libro, me referiré a continuación críticamente a algunos aspectos de la obra que me parecen singularmente notables.

1) A mi juicio, el libro cumple con creces los objetivos que se propone. Su característica principal es probablemente la de acercar de un modo a la vez riguroso, puesto al día y accesible el mundo de los manuscritos del NT; lo cual puede interesar no solo al público en general, sino también a teólogos o filólogos que no se mueven habitualmente en este campo de especialización. Es de agradecer que alguien como Juan Chapa, que conoce de primerísima mano este ámbito, realice una síntesis tan clara como precisa del mismo.

En concreto, este libro puede contribuir, dentro del ámbito de la teología, a vincular más estrechamente, tal como, por ejemplo, propugnaba François Bovon, la reflexión teológica en sí misma y las fuentes de las que aquella se nutre, fuentes que ciertamente transmiten un contenido, pero no de modo abstracto, sino vinculadas a unas características materiales que lo condicionan.

2) A partir de aquí se puede valorar mejor el hecho de que aproximadamente la mitad del libro este dedicado a la descripción de las características materiales, físicas de los manuscritos del NT, tanto de los papiros como de los grandes códices, pues estos reflejan y a la vez corroboran que la Revelación del Dios cristiano y su transmisión no son abstractas, sino que se realizan en circunstancias históricas concretas.

3) Asimismo presentan a mi modo de ver indudable interés las reflexiones que el autor dedica a considerar el valor teológico de los testimonios manuscritos, lo que también nos ofrece indicios acerca de la naturaleza de la fe cristiana. En concreto, J. Chapa destapa el no infrecuente “afán apologético de mostrar que, cuanto más antiguo es el testimonio manuscrito de un evangelio, más fiable y más verdadero es ese evangelio concreto”, enfoque “impregnado de una cierta aureola de hallazgo arqueológico al estilo de Indiana Jones”, que “no es correcto”. Y concluye: “La cercanía en el tiempo entre un acontecimiento y un documento que lo narra no garantiza la fiabilidad o veracidad del texto escrito” (195).

4) Me gustaría subrayar también el valor de las páginas que el autor dedica a exponer los criterios que permiten datar los manuscritos, así como las posibilidades y límites de dicha disciplina científica, cuyos datos se acogen con frecuencia demasiado acriticamente. El autor, de la mano de E. G. Turner, concluye: “La extensión mínima de tiempo aceptable [para datar un manuscrito] es un período de cincuenta años”. Es más, añade a mi juicio de modo acertado: “Y posiblemente... sea más seguro ampliar ese margen a otros cincuenta años más” (202). Lo que quiere decir que, si leyéramos en una publicación que un manuscrito cristiano ha sido datado en el año 250 d. C., sin ningún dato ulterior, habría de tenerse en cuenta un margen de error que podría abarcar todo el s. III. “En todo caso –afirma J. Chapa–, en la actualidad hay una mayor sensibilidad sobre la dificultad de datar esta clase de textos” (206). Tener conciencia de que esta disciplina es falible es relevante, pues no pocas veces sus conclusiones son tomadas como axiomas para fundamentar interpretaciones históricas o teológicas en torno al cristianismo antiguo. Para ilustrar esta cuestión, el autor ofrece finalmente una breve discusión acerca de la historia de la datación de algunos papiros concretos (p⁶⁴, p⁵², p⁶⁶, p⁷⁵).

5) En la última parte que sirve de conclusión, el autor retoma la objeción que algunos estudiosos dirigen a un texto –o textos– bíblicos que no es el “original”. Si bien señala que su libro no ha sido pensado para desarrollar este tema, no deja de apuntar que quienes así piensan, son deudores de una visión que concibe el texto bíblico como caído del cielo. Por el contrario, es necesario tener en cuenta que los textos sagrados solo se pueden entender vinculados a la comunidad de fe en la que nacieron, se transmitieron, fueron coleccionados y canonizados. Se trata de un aspecto clave que el autor ha tratado en otra obra suya: *La transmisión textual del Nuevo Testamento. Manuscritos, variantes y autoridad* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 163, Salamanca 2021). En efecto, fueron dichas comunidades las que acogieron también las variantes textuales que les parecían compatibles con la fe que profesaban, mostrando así, dentro de su notable homogeneidad, la riqueza de un acontecimiento, el de Cristo, que nunca se podrá encerrar en unos textos escritos. Fueron las iglesias las que incluso introdujeron en evangelios como los de Mc y Jn algunas perícopas que hoy leemos en nuestros textos litúrgicos y que probablemente no pertenecieron a las primeras ediciones de dichos escritos. Aunque tal vez no era el propósito principal del libro, considero que la importancia de esta cuestión, reflejada en el hecho de que el autor la haya planteado en la introducción y recogido en la conclusión, podría haber sido relacionada con mayor profundidad con el contenido de los capítulos desarrollados a lo largo del volumen.

6) La obra de J. Chapa pone de manifiesto que estudiar las variantes textuales de los manuscritos del NT no solo puede ayudar a destapar posibles falsificaciones intencionadas, sino que supone ocuparse de una parte del rico depósito en el que se nos han transmitido los oráculos de Dios.